

PAGINAS OLVIDADAS

SILUETAS (1)

I

BARTOLITO MITRE

El Plata, con sus olas, vincula y no separa. Sus turbios caudales son a manera de corriente sanguínea y fluídos nerviosos encargados de poner en íntima comunión dos corazones y dos cerebros. Dolor de aquí repercute allá, como gozo de allá nos regocija aquí. No hay lucha de razas, ni choque de creencias, ni pleito de intereses irreconciliables entre estos dos pedazos encantadores de un mismo mundo inmenso y de una misma luminosa techumbre. Igual incandescencia y parecido tono hay en nuestras costumbres de sentir y de hablar, puesto que fuimos una misma familia bajo el coloniaje y hemos seguido siendo como dos notas de una lira bicorde, a pesar del orgullo que nos dió lo autónomo tras recias sacudidas de desangre mutuo y mutua excelsitud. Se mezcló nuestra hiel sobre muchos campos de triunfo y de muerte en la epopeya continental a que asistió Pagola, y unióse nuestra fibra para reñir batallas como aquella batalla inolvidable de Ituzaingó, mixturándose, en fin, lo gris de nuestra médula bajo la tiranía que hizo que aquí naciese Bartolito Mitre.

Su cuna fué la tacita de plata de Montevideo, y fueron sus nodrizas las horas de bronce de la Defensa. Nacido de un oficial de artillería, dado a hacer versos, y de una hermosa dama, «hija de un patricio y hermana de mártires», Bartolito siempre se ufauó de ser uruguayo y mantúvose siempre en comercio de amores con la Nueva Troya.

Bartolito Mitre es la encarnación, es como la prueba documentada, del desposorio que crearon la estirpe y la historia entre las dos orillas del inmenso río. Mitre es sinónimo de lo argentino, como

(1) Las semblanzas literarias que trazó CARLOS ROXLO ofrecen extraordinario interés, así por su bellísima forma como por su valor crítico. Perdidas en la frondosa obra en que trazó la historia literaria del Uruguay, no han sido apreciadas en su verdadero valor, pues ellas sólo son accesibles a los investigadores y estudiosos. Al precioso estudio sobre Julio Herrera y Reissig, que publicamos hace algún tiempo, agregamos ahora estas ágiles y agudas siluetas en que el ilustre escritor y poeta evoca a tres gentileshombres de las letras rioplatenses.

sinónimo de lo oriental pareceme ser Vedia, siendo muy justo que, partiendo de aquí, se esponjase allá, quien de allá y de aquí era por el connubio de los dos nobiliarios blasones platenses que representaba. Así su ingenio fué más que un ingenio, y así su corazón fué más que un corazón. Tuvo, como era lógico, la bondad excesiva, una bondad siempre abierta al asalto de los abusos, y tuvo muchas luces en el cerebro, como piedra preciosa sin una sola cara que no destelle al sol.

El artillero se volvió a su patria al alborear Caseros, y con el artillero se fué Bartolito.

El mismo nos contó en una autobiografía llena de chispeos, lo que hizo en Buenos Aires.

Bartolito Mitre se nutrió en una atmósfera que favorecía las floraciones intelectuales. Siendo muy niño, en la ciudad montevideana, debió escuchar el nombre de Juan Cruz Varela, épico y dramático, de pindárica musa cuando canta las glorias de Maipú y de numen sofóclico cuando evoca la imagen de la doliente Dido. También sobre su cuna, en la misma ciudad, debió sonar el nombre de Echeverría, simbólico en sus poemas, goyesco cuando traza cuadros nativos y hacedor del futuro cuando escudriña las verdades que hierven en las entrañas de la fecunda revolución de Mayo. Es también posible que, en la misma ciudad, y sobre su cuna, pasasen vibrando como saetas los vigorosos alejandrinos de José Mármol, el que escribió las páginas evocadoras e interesantísimas de la célebre *Amalia*.

Más tarde, en las gloriosas ebulliciones del hogar paterno, mucho debió alcanzársele de aquel don Juan María Gutiérrez, rimador correctísimo y prosista preclaro, espíritu proteico que supo de crítica, de jurisprudencia, de educación, de ciencias filológicas y matemáticas, como mucho igualmente debió alcanzársele de Juan Bautista Alberdi, cuyo estilo propio, cuya maravillosa fecundidad, cuyas nobles ideas, cuya ardiente visión de lo porvenir y cuya muy variada sabiduría, debieron hacerle olvidar la violencia con que Alberdi juzgó los errores de Mitre.

Más tarde aun, en el ambiente que le creaba el gran diario que dirigió, estuvo en contacto constante e íntimo con toda la literatura romántica argentina. El filantrópico lirismo de Ricardo Gutiérrez, la imaginativa esplendidez de Andrade, la encantadora ingeniosidad de Miguel Cané, la musa casi griega de Carlos Guido Spano, las dolorosas asonancias de Gervasio Méndez, los estudios críticos de Calixto Oyuela, las crónicas teatrales de Santiago Estrada, el admirable numen nativo de Rafael Obligado, los discursos de Magnasco y las novelas de Podestá, todo eso y mucho más fué leído,

vuelto a leer, comentado y vuelto a comentar muy amorosa y muy largamente por Bartolito.

Cátedra y tribuna del buen decir fué siempre el viejo y pulcro diario mitrista. Cuida y adereza con solicitud sus editoriales, sus correspondencias, sus sueltos más nimios. Criado en esa escuela del hacer con arte, en aquella casa que era como una prolongación del paterno espíritu y del hogar paterno, tuvo forzosamente que saber de diarios y de literatura el natural ingenio de Bartolito Mitre.

Así, traductor público y metido en negocios hacia 1895, no por eso dejó de ser periodista, ni abandonó por eso sus habituales tratos con *La Nación*.

Como periodista fué insuperable. Irónico, fino, culto, caballeresco, enamorado de la belleza, escribió sus artículos y escribió sus sueltos en prosa literaria. Con su estilo flexible, con sus áticas sales, con la elegancia ingénita de su vocabulario, con su desprecio por lo brutal, modernizó las pesadas columnas de la prensa criolla. Le quitó de las manos el mandoble que usaba para agredir, y le puso en las manos un ligero florete. ¿Quién ha olvidado la *pesca de noticias* de Bartolito Mitre? Colaboraban en aquella sección, que se hizo famosa, Eustaquio Fellicer, Julio L. Jaimes y Casimiro Prieto; pero fué Bartolito quien la dió vida, quien la azuló, quien supo dirigirla y acicalarla de tal manera que la sección, enseñadora y entretenidísima, se volvió el desayuno de todos los espíritus de Buenos Aires.

Algo bohemio, despreocupado, fácil a la sonrisa, nunca irascible, ecuánime siempre, con todos servicial, irradiaban bondad sus ojos azules y con bondad tejióse su corpulencia. Pudo permitirse muchas ambiciones, aprovechando la magnitud de la paterna gloria; pero, fiel a lo noble de su linaje, tuvo la probidad de no hacerse argentino, para eterna lección de los codiciosos de medrar a la sombra del ajeno poder y del ajeno influjo. Cuantos le circundaron, y hasta la multitud que le idolatraba, concluyeron por olvidar de quién descendía, dándole el nombre plebeyo y cariñoso de Bartolito.

Cuando los periodistas argentinos, en setiembre de 1890, le designaron para pronunciar el discurso de recepción a los representantes de la prensa uruguaya, dijo aquel artista y aquel gentilhombre:

«Si el honor que me trae a este sitio no me hubiera venido por bondadoso acto de mis apreciados colegas, yo les hubiera suplicado que me lo dispensasen, presentando a falta de otro título para merecerle, mi fe de bautismo uruguaya, labrada dentro de los muros de la invicta Montevideo».

Es muy difícil, en unas breves líneas, explicar la complejidad y la distinción que caracterizaron al hermoso talento de Bartolito Mitre. Decía, al iniciar una de sus conferencias sobre el arte difícil-

simo de leer, la elocuente palabra de mi docto amigo Enrique de Vedia:

«En la sesión anterior rendí mi homenaje a la memoria augusta de José Manuel Estrada, —a quien conceptúo el más grande maestro que ha tenido y tiene la juventud de mi país—, y en ésta voy a rendir también mi homenaje desde esta cátedra, —que es exclusivamente mía, como el auditorio que me escucha—, a la memoria del único lector maestro en el arte que he conocido; a la memoria de uno de los hombres más ingénitamente buenos que he tratado; —inteligencia prodigiosa, porque realizaba prodigios de gracia, de ingenio y de fenomenal adaptación a toda circunstancia de arte o de ciencia;— espíritu profundamente emocional, porque tenía una ternura infinita para lo bueno y un caudal enorme de sincera indignación para lo malo; —imaginación fecundísima que ponía un inmenso panorama en una línea o diluía una gota de carmín en el mar consiguiendo teñirlo de rosado en toda su extensión; —escritor originalísimo, porque a nadie se parece en su estilo de frases cortadas, de cláusulas periódicas y de sucesivas oraciones intercalares que colocaba en sus pensamientos a la manera de guirnaldas de palabras destinadas a darles realce, como las de aquellas flores puestas al busto escultórico para dar relieve al blanco mármol en que está esculpido; —periodista admirable y sin par en la gacetilla chispeante, en el suelto sustancioso, en el comentario satírico, en el medular editorial de fondo y en la intensa acción directriz con que fundía en una sola entidad armónica a todos sus subordinados desde el redactor en jefe hasta el cronista social, como el lingote del linotipo funde a varios en una sólida línea expresiva y recta;— hombre superior en tal medida, —hasta en sus errores y sus fallas que las tuvo como cualquiera, más o menos, o menos o más,— que se complacía en agrandar lo pequeño para hacerlo visible y rebajar un poco lo trascendental para lo mismo, que todo eso y mucho más fué Bartolito Mitre y Vedia.»

Véanse, pues, si serán modestos los elogios de mi modesta pluma a tan alto escritor. Bien puedo prodigárselos en la pequeñez de mis vanidades, desde que otros se los prodigaron a manos llenas desde la cumbre de la notoriedad. En prodigio paréceme que rayó el ingenio de aquel desordenado, que tuvo lo inestimable, lo romancesco y lo batallador de la edad de su cuna; de aquel gran sensitivo, cuya imaginación de califa de cuento maravilloso purificaba y compadecía a todos los harapos que vagabundean explotando las caridades de la inmensa metrópoli; de aquel lector eximio, que iluminaba las líneas más oscuras con el pincel del tono o les daba contornos difenciales a las ideas con la cinceladora sobriedad de un gesto; de aquel periodista que modernizó desde el editorial de ador-

midores párrafos hasta la crónica en que reluce la daga de dos filos en la vuelta de un baile; de aquel extraordinario fundidor de estatuas, que descubría con alborozo y pregonaba con entusiasmo la prosa de Miro, los versos de Röeber y la llegada pontifical de Rubén Darío, bastándole una noche para poblar con eco de clarines glorificadores la soledad en que magnificaba el numen ciudadano de Almafuerte; de aquel director de periódicos y diarios que fué el centro y el alma de lo que dirigía sin asperezas, irradiando su espíritu sobre los espíritus de José Varas, Emilio Mitre, Julio Piquet y Alejandro Roca; de aquel modesto nunca envidioso que, por haber dudado de su ingeniosidad avasalladora, conquistó dos famas bien merecidas, la de su nombre y la de su seudónimo, siendo en una pieza Bartolito Mitre y Claudio Caballero.

Es siempre correcto, ingenioso y original lo que traza su pluma de finos trazos; ya nos relata cómo su espíritu se identificó con esos extraordinarios organismos de las máquinas grandes y pequeñas del arte tipográfico; ya nos refiera cómo, pensando dirigirse al suelo mendocino, dió en tierra sanjuanina por la galante solicitud «de un general que no era general y que sin embargo era general»; ya nos hable de su ascensión hacia la volcánica cumbre del Vesubio, «Stanley uruguayo puesto al servicio de la Argentina», o escriba desde Génova, lo que pasó al recibir Sarmiento su doctorado de Michigán; ya muestre, en fin, sus condiciones poco comunes de traductor vertiendo al castellano la americana leyenda de Rip van Winkle, que de eso y de otras cosas trata en sus *Páginas serias y humorísticas*.

No imaginéis, por lo que dije de su bondad, que careció de ética periodística Bartolito. Si fué benevolente con las debilidades de los humildes, fué delator y juez de las usurpaciones de los soberbios. Na lapidó con fango, ni se mostró compadre, ni voceó grosero, ni horadó las paredes de la vida privada como algunos ilustres que yo conozco; pero sí supo, irónico unas veces y colérico otras, defender sin desmayos la libertad política y la riqueza pública. No le impusieron los que disponen del poder corruptor en estos países presidenciales, ni preguntó lo que le restaban a las nobles ideas que defendía, ni dudó del futuro reinado del derecho sobre la tierra, creada para el bien por el índico Sudra; y así valientemente, en una ciudad donde eran y son muchos los españoles, no estuvo con España y estuvo con Cuba, la última vez que Cuba se alzó contra España. Hasta fundó, con sus propios recursos, una revista para defender la independencia del jardín donde crece la flor del cafetal, donde las cañas dicen versos de Plácido y donde el viento llora, del guanábano al mangle, los nombres de Céspedes y Martí. Gozó con el triunfo del estandarte de la estrella sola a cuya luz se abracan en lo infinito el americano numen de Heredia y el americano valor de Maceo!

Pero no es el político, sino el estilista, el que me interesa. Políticos hay muchos, siendo contados los estilistas. Permitid, entonces, que os hable a vuelo de pluma de sus *Cosas de locos*.

En aquellos tres cuentos, que he releído con delectación, se mixturán sin repelerse, la realidad y la fantasía. Estamos en el mundo de lo posible y de lo probable, lo que no obsta para que nos hallemos en el mundo del asombro y del pánico. Las demencias, que nos sorprenden y nos asustan en aquel libro de pocas páginas, son demencias científicas, demencias de asilo, demencias parecidas a las demencias que se suelen hallar en las celdas y en los jardines de los manicomios. Acordaos del cuento de Celia y Fastini.

No es malo que sepáis que el género fantástico, —género nacido en el norte de Europa y al empezar el siglo XIX con Ernesto Hoffmann y Juan Pablo Richter—, requiere un gran poder imaginativo, no escasas condiciones de observación y un estilo apropiado a lo especialísimo de su índole. Ese género, —que muy pronto cultivaron e hicieron suyo los anglo-sajones—, puede plasmarse con facilidad suma de distintos modos, como lo demuestran patentemente las obras de Wilkie Collins, de Edgardo Poe y de Conan Doyle. Las virtudes de observación, fantasía y estilo, —de que antes hablé—, hallábanse todas ellas abundantemente en los tres hermosísimos cuentos de *Cosas de locos*. Es claro que esta obra, aun siendo novelesca e imaginativa, no puede catalogarse de un modo definido en ninguno de los grupos a que pertenecen *La señal de los cuatro* de Conan Doyle, *La pista del crimen* de Wilkie Collins, *El mayorazgo* de Ernesto Teodoro Hoffmann o *El proceso groenlandés* y *La logia invisible* de Juan Pablo Richter. La imaginación, con ser ardentísima, no anula el sentimiento de lo real en nuestro compatriota, prestándose poco a ciertas pinturas de los países que humedece la niebla, el lenguaje diáfano y la ideación lógica de Bartolito.

Anatole France ha dicho que la novela es para los países occidentales lo mismo que el opio para los pueblos del mundo oriental. Bartolito Mitre, amarrado por su labor diaria a la realidad, gozaba perdiéndose en las consoladoras regiones del Ensueño.

Bartolito Mitre murió en el año de 1900, el 20 de Abril. Alberto Gache nos contó, sobre su sepulcro, lo que hizo de valiente y misericordioso durante el cólera que asoló a Buenos Aires.

El doctor Gouchon nos dijo, al despedirle, cómo luchó con la pluma y las armas contra la autoridad sin autoridad. Las revoluciones no son un delito cuando encarnan la última razón del derecho. Bartolito no era sistemáticamente revolucionario, como no eran sistemáticamente revolucionarios del Valle y Alem; pero, por imposición de la libertad y del patriotismo, fué revolucionario, como Alem

y del Valle, contra los gobiernos usurpadores y prepotentes el 26 de Julio de 1890.

Gonzalo Ramírez, —orador, diplomático, internacionalista y austero hombre público—, dijo igualmente sobre su tumba:

«Tenemos los uruguayos una gran deuda de gratitud para con el hombre de pensamiento cuyos restos mortales venimos a depositar en el seno de la madre naturaleza. Vinculado a una de las familias más ilustres de la ciudad porteña, aunque ama ardientemente a la patria de sus mayores y la sirve como si se encontrase en su propia casa, vive siempre con la vista fija en la tierra de su nacimiento, y prefiere el modesto título de simple ciudadano del pequeño Uruguay, a todos los halagos que brinda a las hombres de pensamiento el vasto escenario en que se agita la vida cívica de la patria argentina. Una ley argentina le expide carta de ciudadanía, y aunque la aprecia en alto grado porque presiente y augura alborozado los grandes destinos del pueblo de Mayo, no acepta la gloriosa investidura y asiste sin emulación a los triunfos deslumbrantes de los Cané y los Lucio López.» Así uno por la bondad y múltiple por la inteligencia; estudiando sus temas y puliendo sus frases amorosamente; glorioso con causa y vilipendiado con injusticia; galano, castizo y original; polemista, crítico, poeta y escritor de costumbres; — con muchas piedades para todas las humanas ridiculeces, e irguiéndose con bravura caballerisca ante todas las humanas usurpaciones, eso fué en lo pretérito y será en lo futuro Bartolito Mitre.

II

EUGENIO GARZON

Eugenio Garzón.

Ascendencia histórica. Apellido ilustre. Periodista eximio. Ligero, melodioso y agudo. Al estilo francés. Dirigió, en su segunda época y con muchos primores, *El Herald*o.

Es manirroto, elegante, valiente, caballeresco, decididamente aménisimo y fué legislador en nuestro país, del mismo modo que hubiera sido mosquetero en las horas de Richelieu o abate en los festines de la Regencia.

Fué novelesco y mozo, batiéndose como soldado y como panflelista, cuando eran romancescos y jóvenes Agustín de Vedia y Julio Herrera y Obes.

Un perfecto clubman. Un gran señor que tolera la democracia, un romántico sensualista que disculpa a Des Grieux y que besa los dedos de Manón. Un espíritu, en fin, salido de la fragua donde se fundieron los espíritus de Alcibíades y de Petronio.

Su estatura es mediana, sus cabello grisea abundantemente, su andar es gallardo, sus gestos son ducales, se apropia el último figurín, nunca sale sin flores en el ojal, tiene un gran optimismo, cincela sus frases, ha leído mucho, y nació su ironía en un panal de abejas del Atica.

Sobrevive a su tiempo. Pertenece a la edad no resucitable en que Law especula, Mazarino sonríe con sonrisa italiana y Buckingham se prende con un joyel las plumas del sombrero.

Eugenio Garzón, desde hace algunos años, se hospeda en París. Escribe en *El Figaro*. Quiere que Europa no ignore, calumniándola a Sud América. Quiere que Sud América sea conocida, en su alto valor de realidad y en su valor altísimo de esperanza, por los pueblos de Europa.

Hablan de su vigor y de su agudeza, como panfletista, las ochenta páginas de que se compone *La flecha del charrúa*.

Eugenio Garzón, que adora en Lutecia y en Montevideo, ha enriquecido las letras nativas con las doscientas veintitrés páginas de su *Juan Orth*.

Juan Orth, que por amor se trocó en pleheyo, nació entre armiños y bajo el escudo del trono de Austria.

El relato novelesco del carácter, la suerte y las aventuras del archiduque desaparecido, permite a la pluma de nuestro compatriota hacer gala y derroche de la finura de su psicología, de la bella amplitud de sus descripciones, y de la luminosa claridad de su estilo. Así *Juan Orth*, el libro que nos hace viajar con sincero deleite desde las viejas ciudades del país austríaco hasta las jóvenes llanuras americanas, ha merecido elogios justicieros y autorizados de Max Nordau, Carlos Reyles y Rubén Dario.

III

JULIO PIQUET

Julio Piquet.

Montevideano. Nacido en 1863.

Periodista que sabe cuanto puede saberse en cosas de imprenta. Tiene dos estilos: amanerado el uno y natural el otro.

Es algo indolente. Le molesta la luz de la mañana. Su numen se distingue por lo noctilugo y lo noctivago. No es muy profundo; pero con lo que ha escrito su arte primoroso podrían formarse algunos volúmenes.

Estuvo en *La Nación* con Bartolito Mitre.

Estuvo en *El Censor* bajo las órdenes de Sarmiento. Dirigió y

redactó, sin mucha fortuna, *El Siglo* en mi adorada y azul Montevideo.

Faltábanle dos cosas para esta última empresa: la pasión partidista, que incendia los párrafos, y la ciencia económica, base y sustento de la política contemporánea.

La tolerancia es una virtud; pero es una virtud mirada con desdén por los orientales. El arte es muy hermoso: pero el arte que ignora leyes y estadísticas, naufraga de seguro en las enciclopédicas redacciones de mi país.

Como sólo nos divertimos en aborrecernos, los libros vuelan a modo de proyectiles como en *La derrota de los pedantes*. Hoy Oribe y Rivera ya no usan lanza: se aturden y apabullen a golpes de citas de Carlos Marx.

Ingenuo espontáneo, servicial, afable, cuidadoso de su decir y reacio al insulto que nada prueba, fracasó en *El Siglo*, como hubiese fracasado en *El Día* y en *La Democracia*.

Julio Piquet no era para el ambiente en que nos movemos, como el tiburón en el oleaje y el tigre en el monte, los blancos y los rojos de mi fértil región, la de los trebolares de cinco hojas y la de los cuerpos de doble luz. Turbóse, se azoró, perdió la paciencia, faltóle la constancia y al fin regresó, sacudiendo las alas endoloridas por la atmósfera recia de nuestras disputas, a su cómodo nido de Buenos Aires.

No nos comprendió. No supo seguirnos. Nuestra excelsitud es originada por nuestra flaqueza. Necesitamos dorar nuestros enconos con un incorruptible matiz de cultura. Acostumbrados a la tempestad, que más o menos tarde a todos nos confina en el aislamiento o en el ostracismo, amamos la quietud dulce y consoladora de las bibliotecas. Nacemos para cruzados que concluyen en monjes, en monjes melancólicos que interpretan a Platón y a San Agustín.

Se fué persuadido de que éramos incapaces de cospostura. Así me lo dijo la última vez que cenamos juntos. Tomó el periodismo como empresa industrial. Ignoraba que nuestros diarios suelen ser tribunas y salas de esgrima. Era literato aquel gustador de poemas y de romances, un literato de suave y difícil ingeniosidad; pero no un polemista para nuestro ambiente de pendón y caldera. Pudo componer un tratado del arte de escribir, como el tratado que perpetúa el nombre y el recuerdo del teutón Adelung. No era político, político criollo, político del orden de las trepadoras, político aficionado a cazar insectos con el pico y las uñas como el jacamar, el amigo en derrota que se fué a Buenos Aires.

Conservador eximio, sueltista delicioso y letrado de ingenio poco común, en las imprentas vale más por lo que sugiere que por lo

que produce. Fáltale, sin duda la pirotécnica universalidad a que no pocos deben la nombradía; pero tiene chispazos, observaciones, delicadezas, malicias y nostalgias que para sí quisieran los capitanes de nuestro periodismo, que conoce muy mal y que cultiva poco la virtud ateniense de la gracia fina. Leed, si lo dudáis, el folleto suyo que se titula *Tiros al aire*.

Julio Piquet, a fines de 1914, se radicó en París. Desde allí manda, de tarde en tarde, correspondencias a *La Nación*.

1916

CARLOS ROXLO